

Un deseo

Yo me suelo enamorar muy rápido. Me enamoro de lugares, de recuerdos, del sentimiento de la adrenalina al correr por mis venas, del silencio, de los atardeceres, e incluso de pequeños gestos amables que tiene la gente. Enamorarse me hace sentir como si flotara constantemente en una nube llena de sueños de la que nunca quería bajar. Sería volver a la realidad y, en mi caso, la realidad era tan dura como una roca.

También me gustaba crear mis propias espirales de pensamientos remotamente extraños. Era como nadar en un lago de agua cristalina siendo un peso pluma incapaz de hundirme, fijando la mirada en el cielo azul con esas nubes que son tan bonitas que me daba pena que se hiciera de noche por no ser capaz de verlas. Era ir flotando ajena a mi vida en el planeta Tierra.

Solo me bastaba eso para ser feliz.

Y de repente, de un día para otro, mi madre falleció en un accidente de tráfico, así que mi padre era todo lo que me quedaba.

Y me falló.

Me apartó de su vida como si ya no fuese parte de la familia, y mi diminuto corazón, el cual dependía de un fino hilo para mantenerse en forma, por fin se rompió. Se hizo añicos, y sabía que aquello era las piezas de un puzle que nunca iba poder terminar. Y entonces pensé: si él podía tratar así a los que habían dado todo por él y encerrarse en sí mismo siendo incapaz de mostrar un solo gesto de simpatía con las personas que lo rodeaban, entonces yo también podía. Podía convertirme en una persona fría e insoportable.

Y así fue como, poco a poco, la antigua Abril se fue muriendo, y la fue sustituyendo la Abril que nadie quería.

Corté mi relación con mis únicos amigos, me volví aún más fría con mi padre (si eso era posible) y dejé de visitar aquel mundo que algún día fue mi todo, hasta que desapareció. Un día, después de mucho tiempo, intenté volver a acceder pero no podía: ya no quedaba ni rastro de él en mi imaginación.

Y cuando menos me lo esperaba, la Navidad ya había llegado, el día en el que murió mi madre hacía exactamente 1 año.

Mi padre siempre se disfrazaba de Papá Noel y hacía un "teatro" para mis hermanas más pequeñas. Este teatro a mi no solo me daba miedo, me aterrorizaba desde que era pequeña. Era un miedo insuperable, por lo que se podría decir que las navidades no eran mis fiestas favoritas. Cuando era pequeña mi madre me salvaba al arrojarme con sus cálidos brazos, pero ya ella no estaba y cada vez que sucedía sentía un pinchazo en el pecho, porque temía a Papá Noel de una manera inexplicable.

Sin embargo, un poco de esperanza albergaba en lo más profundo de mi alma. Mi madre había muerto, y si mi padre no nos había prestado atención a ninguna de nosotras durante todo el año, dudaba bastante que lo hiciera ahora para hacer ese estúpido teatro.

Pero lo hizo. El 24 de diciembre por la noche lo vi disfrazándose de Papá Noel horas antes de salir al tejado para esperar al momento adecuado por el que meterse por

nuestra chimenea. No le pregunté el por qué de esta decisión, ya que llevábamos durante un largo periodo sin establecer ningún tipo de conversación, pero justo antes de salir por la puerta le miré a los ojos muy detenidamente, dispuesta a encontrar la respuesta a mi pregunta en ellos. Y entonces lo vi, era una mezcla de rencor, odio, dolor, cansancio y, sobretodo, un tipo de venganza inexplicable. A continuación, hizo un gesto como indicando que sabía que había entendido lo que me estaba preguntando. Me extrañó que no nos hicieran falta las palabras en ningún momento. Pero entonces lo recordé: a veces un simple silencio expresaba más que trillones de palabras.

Se marchó por fin hacia el tejado, dejando tras él un rastro de corazones rotos y sueños que nunca se llegaron a cumplir.

Me fui a acostar, no sin antes haberme asegurado de que mis hermanas habían cenado lo suficiente y haberlas llevado cada una a su cama para que no estuvieran toda la noche preguntándose, como siempre, dónde demonios estaba su padre. Cerré los ojos, pensando en todo y nada a la vez, dejando que mi mente se percatara de detalles de mi habitación que nunca se había percatado: revistas escondidas en el armario, lápices de mis dibujos favoritos encima del escritorio, una camisa sucia colgada del pomo de la puerta...no era muy organizada. Mi madre siempre me decía que la base del éxito era el orden; el orden de mis ideas. Y yo le hacía caso: me estresaba si no había algo organizado, tanto que podía llegar a tener serios problemas. Pero ya no. A la nueva Abril no le importaba, de hecho, le daba igual. Ya no tenía a mi madre, así que ya no tenía ningún motivo por el que seguir sus consejos. No tenía a quien impresionar.

Tras todos estos pensamientos, mi mente, por fin, se cansó, y me dormí.

Sin embargo, poco sabía yo que al día siguiente, mi vida cambiaría otra vez, y entonces pasaría a ser una historia digna de recordar.

De repente, algo me despertó. Fue un ruido, un ruido muy fuerte. Me alarmé, porque al comprobar que eran las siete de la mañana, recordé que el único despierto en aquella casa era mi padre, y nunca hacía ruido; al fin y al cabo, ese era el objetivo de una sorpresa. Y al parecer no fui la única. Mis hermanas vinieron agarradas de la mano a mi habitación con un semblante de preocupación diciendo que habían escuchado un golpe. Ellas pensaban que era un monstruo, y lo que yo pensaba que era no estaba muy lejos de parecerse a lo mismo.

Bajamos todas juntas, de la mano también, y tenía los ojos muy abiertos para ser capaz de analizar hasta el último detalle.

Pero no había nada. Estaba todo tal cual lo habíamos dejado la noche anterior, nada roto ni fuera de su lugar habitual. Al ver esto, mi hermanas, cuyo semblante de preocupación parecía haber desaparecido por completo, fueron a desayunar, y yo fui tras ellas.

Como todos los años el día de Navidad, antes de desayunar, manteníamos un minuto en completo silencio para pensar en un deseo. Tenía que ser muy bueno, porque no podías volver a pedir otro hasta dentro de un año. A mi siempre me costaba elegir uno, porque solían ser muy infantiles. Nuevos amigos, buenas notas,

salud para la familia...lo típico. Sin embargo, este año tenía muy claro lo que quería, por lo que tardé menos de 30 segundos en pedir mi deseo.

He de confesar que nos reímos mucho durante el desayuno hasta que empezamos a hablar de Papá Noel y de los regalos que habíamos pedido. Hablar de regalos no me incomodaba, en cambio hablar de Papá Noel me recordaba a mi padre y a todas las veces que me había hecho sufrir con aquel estúpido teatro que tanto le gustaba. Esta incomodidad me empezó a enfadar, pero guardé la compostura por mis hermanas y por no romperles las ilusiones, ya que ellas seguían creyendo que Papá Noel era de verdad y era mágico.

Cuando terminamos de desayunar, me di cuenta de que habían pasado unos treinta minutos desde que se oyó el ruido, yo pensé que era que mi padre había sido un poco torpe a la hora de entrar en la chimenea. Estaba tardando demasiado en comparación con otros años.

No quise preocupar a mis hermanas, así que les propuse jugar al monopoly, mi juego favorito, aunque siendo sincera era eterno, pero probablemente por eso me gustaba tanto, porque me hacía divertirme por horas lo que no solía pasar muy a menudo últimamente.

Empezamos a jugar y cuando ya habían pasado 15 minutos y mi padre seguía sin aparecer, mi preocupación empezó a incrementar, y fue entonces cuando un fuerte estruendo seguido de un crujido hizo que tanto mis hermanas y yo nos estremeciéramos de arriba a abajo.

El estruendo provenía del salón, así que con miedo de lo que nos pudiéramos encontrar, las tres nos dimos la mano. En vista de que no se veía nada, inspeccionamos la chimenea, que era el único lugar en el cual no habíamos mirado. Nos asomamos ligeramente al hueco de la chimenea y, cuando salimos del estado de shock en el que nos encontrábamos, mis hermanas rompieron a llorar. En la chimenea se hallaba el cuerpo de mi padre, y el ruido fue causado por el impacto de su cuerpo al caer desde la parte más alta de la misma, lo que había causado su muerte.

Hasta que no me dieron los resultados de la autopsia que le habían hecho a mi padre, no pudimos descubrir que el crujido que habíamos escuchado había sido su cuello partiéndose. Esto solo hizo que mis hermanas lloraran más y les causó un serio trauma, ya que ahora no hacían más que recrear la escena de su inesperada muerte en sus cabezas.

En ese momento, supe que lo más adecuado de hacer era prestar la poca atención que le dedicaba a mi ser a mis hermanas, cuyas almas y corazones estaban pasando por lo mismo que yo había pasado un año antes con mi madre.

Sin embargo, yo no pude evitar sonreír muy disimuladamente, porque mi deseo de Navidad se había hecho por fin realidad.